

corta la cabeza de Artémio, y las manos de los verdugos precipitan á Cándida y á Paulina á las profundidades de una crypta, en la cual las sepultan bajo un monton de cascajo y de piedras. Tales son las principales escenas que se presentan en aquella parte del Janículo, al piadoso recuerdo del viajero.

Avanzando hácia la Vía *Corneliana* encuentra otras no ménos sangrientas, no ménos ilustres. A las glorias paganas de la familia *Cornelia*, cuyo nombre y cuyos monumentos recuerda esta vía, sucede una gloria cristiana más durable y más pura. Hace quince siglos, dos hermanas igualmente distinguidas por sus gracias y su nacimiento, Rufina y Secunda, borran allí todos los otros recuerdos. Mientras que Augusto no podía encontrar seis vestales en todo el imperio, bastaron pocos años al cristianismo para llenar á Roma con un pueblo de vírgenes. Rufina y Secunda habian contraído con el Hijo de Dios aquella augusta alianza que ennoblece á la mujer, que hace de ella un poder y la iguala con los mismos ángeles. Se las ofrece los partidos más brillantes. ¡Vanos aparatos! la Virgen cristiana no sabe perjurar; y el juez Arquesilao condena á las dos hermanas á morir! Pero como los profanadores tienen sacrilegios particulares para los vasos más sagrados, así los tormentos más variados y más espantosos se ejercerán en las esposas de Jesucristo hasta que el tirano, avergonzado y cansado, mandó conducirles á una selva llamada *Silva Nigra* (selva negra), á fin de ocultar á los ojos de los hombres la muerte de ellas, y la vergüenza de él.

La órden fué ejecutada, y los cuerpos de las vírgenes cristianas, abandonados á los animales carnívoros, quedan sin sepultura. Pero el Señor, que habia asistido á sus mártires durante la vida, no las abandona durante la muerte. Las fieras resp-

tan sus preciosos despojos, y la noche siguiente las dos santas, rodeadas de gloria se aparecen á una de sus amigas, hija como ellas, de las más nobles familias de Roma. "Plautilla, le dicen ellas, deja de mancharte adorando los ídolos; cree en Jesucristo y ven á tu propiedad en la Vía *Cornelia*; allí encontrarás nuestros cuerpos y les darás sepultura donde puedas." Plautilla se dirige á toda prisa al lugar indicado y encuentra los cuerpos de sus amigas sin mal olor y sin lesion; ella adora, cree, y manda levantar un sepulcro á las vírgenes de Jesucristo. El brillo de aquella muerte, los milagros de que se hace teatro el sepulcro, hacen cambiar el nombre de la selva. En vez de *Silva Nigra* es llamada *Silva Candida*, nombre venerable y glorioso que lleva todavía y que uno de los obispos suburbicarios añade á su título. 1

Una sangre no ménos ilustre dió á beber aquella misma Vía *Cornelia*. Todos los grandes mártires debian librar sus combates y alcanzar sus palmas inmortales á la vista de la soberbia Roma. Así lo exigian las manchas profundas de la capital del paganismo, y la dificultad de arrojar al demonio de su fortaleza, y la necesidad de herir al vi-jo mundo de asombro y de estupor. De las extremidades del Oriente habia venido á Roma, bajo el imperio de Claudio, una noble familia persana, compuesta del padre, de la madre y de los hijos. Se les convence de que son cristianos y todos son condenados á morir; se les conduce á la Vía *Cornelia*, al lugar llamado las aguas de Catabasso, y allí se despliega contra aquellos ilustres extranjeros una crueldad que habria hecho avergonzar á los bárbaros. Se comienza por golpearles con palos como viles animales; se les extiende en seguida sobre el caballete; se les queman las costillas

1 Episcopus Portuensis et SS. Ruffinae et Secundae in Sylva Candida. Cod. ms. S. Petr. et S. Caecil. Obispo Portuense.

## DE BIANOBA

POLLECLA QVE ORDEV BENDET DE BIANOBA.

La segunda es la de los santos mártires Simplicio y Faustino, ahogados en el Tiber é inhumados en la Catacumba de Santa Generosa *ad Sextum Philippi*, cuyo rio baña sus cercanías:

MARTYRES SIMPLICIUS ET FAUSTINVS

QVI PASSI SVNT IN FLVMEN TIBERE ET POSITI SVNT IN CEMETERVM GENEROSVS SVPER FILIPHI.

«Los mártires Simplicio y Faustino, ahogados en el Tiber, fueron puestos en el cementerio de Santa Generosa *ad Sextum Philippi*.»

Así, aunque la Catacumba que vamos á visitar lleva el nombre de San Ponciano, que vivia á mediados del siglo tercero, se remonta ciertamente á una época anterior; su extension misma es otra prueba de antigüedad. Los sepultureros no cavaban sus galerías y sus *loculi* á tontas y á locas, sino sucesivamente y una junto á otra. Los simples cristianos y los mártires llenaban las tumbas á medida que iban muriendo. No se dejaban galerías separadas para los mártires, de distinto modo que para los otros fieles. Es necesario deducir de aquí que mientras más se encuentran mártires separados los unos de los otros en las diferentes galerías de una Catacumba, más persecuciones ha visto esa Catacumba. 1

Muchos nombres diferentes designan el vasto cementerio de San Ponciano. A este noble Romano que vivia bajo Alejandro Severo, debe el primero. Ponciano era uno de aquellos ricos y celosos neofitos cuya fortuna y cuya vida fueron consagradas dignamente al servicio de la Iglesia naciente. El Papa Calixto, obligado á huir, fué con diez de sus clérigos á pedir un asi-

con carbones; se les desgarran el cuerpo con peines de hierro; se les cortan las manos; luego Marta, la madre de aquella gloriosa familia, es ahogada; á Mario su marido, á Audifax y á Abaco sus hijos, les cortan la cabeza; en fin, para agotar su rabia, los verdugos arrojan á las llamas los restos mutilados de los mártires. Aquellos cuerpos sagrados no perecerán todos enteros; el 14 de las calendas de Febrero, una valerosa cristiana, llamada Felicitas, viene á sacar del pozo el cuerpo de Santa Marta y á recoger las cenizas de sus compañeros, á quienes ella sepulta todos juntos en su propiedad. 1

A la luz de las hogueras y con los piés en la sangre, llegamos á la Vía de Porto á la entrada de las Catacumbas de San Ponciano. Hé aquí uno de los cuarteles más antiguos y más vastos de la Roma Subterránea. Cuando se acuerda uno de que los Judíos habitaban más alla del Tiber; de que San Pedro bajó desde luego hácia ellos; que hizo allí nobles conquistas, entre otras, Priscila y Aquila; de que la persecucion de Neron debió caer sobre los cristianos de aquel cuartel como sobre los demas, se comprende la necesidad de un cementerio en la vecindad, á fin de no comprometer á los vivos. Se sabe, en efecto, por las inscripciones, que los mártires ó los cristianos eran generalmente inhumados en las Catacumbas más cercanas á sus domicilios ó al lugar de su muerte. Citaré dos solamente publicadas una por Bosio y otra por Boldetti. La primera es la de una humilde cristiana llamada Pollecla, vendedora de cebada en la *Via Nova*, y que fué enterrada en el cementerio de San Calixto, cerca de la *Via Nova*:

1 *Martyr. Rom. 14 Kalen. febr.* y de Santa Rufinae y Secunda in Sylva Candida.

lo á Ponciano que le ocultó en su casa, situada del otro lado del Tiber. El mismo ayudó al valiente pontífice á sacar del río el cuerpo de San Calépedo y á darle sepultura. Sea á causa de la inmediación á su casa, sea más bien á causa del engrandecimiento que dió al cementerio de la Via de Porto, esta Catacumba tomó el nombre de San Ponciano. Es llamada también *Catacumba de los Santos Abdon y Sennen*, porque estos dos príncipes persas, martirizados en el anfiteatro bajo el imperio de Decio, fueron allí depositados. En fin, es conocida bajo la denominación: *Ad Ursum pileatum*. "Al Oso con cofia," probablemente á causa de algun simulacro colocado en las inmediaciones.

Como quiera [que sea, sería imposible nombrar á todos los héroes, á todas las heroínas cristianas de quienes fué sepultura aquel cuartel de la gran necrópolis. Recibió sucesivamente en aquellos vastos subterráneos á Quirino, aquel generoso atleta que cansó á los verdugos del emperador Claudio; y Pigmenio, aquel santo ciego á quien un niño llevaba de la mano y á quien Juliano el Apóstata hizo precipitar con su guía en las aguas del Tiber; y la valerosa Cándida, tan celosa por recoger los cuerpos de los mártires; y los santos pontífices Anastasio é inocente I<sup>o</sup>, y los santos Polion, Vicente, Milex, Marcelino y Pedro. Bajo los retratos de estos últimos descubrió Bosio aquella tierna inscripción grabada en la toba: "Eustaquio; pobre pescador, servidor del bienaventurado Marcelino mártir." 1

La entrada á la Catacumba se encuentra en la colina á la derecha de la puerta del Tiber. A ella se llega por la vuelta de un pequeño camino inmediato á una capilla. Las galerías están practicadas en la roca

1 Eustathius, humilis peccator, servitor beati Marcellini martyris. "Eustatio, humilde peccador, servidor del B. Marcelino mártir.

marina y fluvial, pero las escaleras escombradas por Bosio indican muchos pisos, de los cuales el más bajo debe llegar á la roca volcánica. Cuando se reflexiona por una parte en la poca solidez que presentan aquellas capas de terreno secundario; por otra, en la existencia de una vasta cantera de piedra pagana superpuesta en aquella Catacumba, se tiene la prueba perentoria de que los cristianos querían mejor para ocultar su vida, su muerte y sus misterios, condenarse á los más peligrosos y más rudos trabajos, que emplear para su uso las excavaciones paganas. ¡Qué basta Iglesia, qué sólido cementerio hubieran encontrado en la cantera de que hablo! Y sin embargo, la han desdeñado! Sea por temor, sea por horror, no querían tener nada de comun con los paganos. Sostenidos por la fe, sabían bastarse á sí mismos.

Así fué como abrieron, á pesar de la dificultad del trabajo, lugares ó *arcæ* en la Catacumba de San Ponciano. Hay una, entre otras, que es bastante amplia para servir en las sínaxas ó asambleas religiosas de los fieles. Este destino no sería dudoso si se hubiese escombrado el fondo del lugar en donde se encuentra comunmente el *Monumentum arcuatum*, es decir, el altar del mártir principal. Pero hay una cosa indudable; esta es, la existencia de un bautisterio.

En el fondo de una crypta se abre una ancha tasa cavada por mano del hombre y bastante profunda para practicar en ella el bautismo por inmersión, según el rito de la primitiva Iglesia. La pintura que en ella se ve, aunque de una fecha posterior, indica claramente el uso de aquel recipiente. San Juan bautiza á Nuestro Señor, en cuya cabeza descansa el Espíritu Santo bajo la forma de una paloma; á la derecha de Nuestro Señor está un Ángel que lleva entre sus manos el nombre de

Jesús; á sus piés un ciervo que sacia su sed en las aguas del Jordan. Se encuentran también en muchas otras pinturas, asuntos que explicaré en su lugar. Pero no puedo olvidar los retratos de los santos mártires que han ilustrado aquella Catacumba. En un compartimiento, Nuestro Señor saliendo del seno de una nube, tiene sus dos manos extendidas sobre las cabezas de los santos Abdon y Sennen, á quienes corona con rosas. Los dos mártires llevan el manto corto, sujeto en la garganta por un botón y en la cabeza el *amphibalum* ó capucha oriental. Al lado de ellos, aparecen sus compañeros de gloria, los Santos Milex y Vicente, el uno en su traje romano, el otro con la casulla primitiva; todos están representados de pié en la actitud del triunfo y con la cabeza rodeada de la aurora circular. Lo mismo es en todas partes, tratándose de mártires.

Cerca de las Catacumbas de San Ponciano se encuentran las de Generosa ad *Sextum Philippi* y las del Papa San Julio. Las primeras deben probablemente su doble nombre á alguna dama romana que había dado sus jardines como las Ciriacas y las Lucinas, para sepultar á los fieles, así como también á una propiedad perteneciente á algun romano llamado Felipo, que estuviese situada en el sexto miliario de la ciudad. Dos grandes mártires, cuyos cuerpos descansan hoy en Santa María Mayor, son las glorias conocidas de aquella Catacumba. Simplicio y Fausto eran hermanos. Animados del mismo valor, sufrieron los mismos tormentos que la crueldad pagana sabía tan bien inventar, variar, prolongar; la espada puso fin á sus suplicios, pero no á la rabia de los verdugos. Sus cuerpos mutilados, arrojados al Tiber desde lo alto del Puente de Piedra, probablemente el *de Quattro Capi*, fueron llevados por las aguas hácia el

*Sextum Philippi*. Santa Beatriz, la digna hermana de los mártires, ayudada por los santos sacerdotes Crispo y Juan, les recogió y les enterró en la Catacumba de Generosa. Ella misma, aprehendida y condenada á muerte por orden del juez Lutecio, fué á descansar cerca de sus ilustres hermanos. Emulos de su caridad y de su fe, los dos sacerdotes Crispo y Juan, participaron de la misma tumba. Su martirio tuvo lugar bajo Diocleciano el 18 del mes de Agosto. 1

En cuanto al cementerio de San Julio, no es aún conocido por su nombre. Pero no se puede dudar de que encierra un gran número de mártires. ¡Qué pensar al salir de aquellos lugares tantas veces venerables, sino que los sacrificios á los cuales estamos expuestos nosotros, los cristianos del siglo decimonono, hijos de los mártires, no son nada en comparación de los trabajos, de los peligros y de los sufrimientos de nuestros padres? Si fuera cierto decir que después del desastre del gran ejército de Rusia se había perdido el derecho de quejarse, con más verdad debía encontrarse la misma palabra en los labios del peregrino de las Catacumbas!

1 Romae, in Sexto Philippi natalis beatorum presbyterorum Joannis et Crispi, qui in persecutione Diocletiani et Maximiani multa sanctorum corpora sepeliverunt. Quorum meritis et ipsi postmodum sociati gaudia vitae meruerunt. — "Juan y Crispo nacieron en Roma in Sexto Philippi; sepultaron muchos cuerpos de Santos durante la persecucion de Diocleciano y de Maximiano. Ellos, por sus méritos, fueron sepultados juntos después, así como juntos participaron de los gozes de la vida." — *Adnot. Martyr*, 18 de Agosto.